

PROFUNDIZACIÓN - 12. «HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»

Hace algunas semanas nos preguntamos: «¿En qué circunstancias te has sentido verdaderamente amado?». Hemos comparado nuestras experiencias con esta afirmación de don Giussani: «Verdaderamente el hombre ya no está solo. [...] La existencia es ahora un diálogo profundo, la soledad es abolida en la raíz misma de cada momento de la vida. Existir es ser amados, definitivamente – “Él es fiel a su amor” – y abandonarse a este amor, definitivamente: “Para mí el vivir es Cristo”» (Huellas de experiencia cristiana – ficha 12).

Una amiga nuestra, que ha recorrido el mundo, ha tenido que rendirse: «Si yo, de alguna, forma pienso de quién puedo decir que me siento querida, es de vosotros [...]. Cada día me levanto queriendo ver que Él no me deja sola. No puedo decir que estoy sola».

*Nuestra compañía, ¿es para ti un regalo tan grande que elimina la soledad en su raíz, o bien es solo un lugar en donde nos damos ánimos de vez en cuando, en donde nos sentimos mejores? Por decirlo con palabras de Pascoli: «Están a resguardo; y no les calienta el fuego / sino ese suave estar juntos» (G. Pascoli, *Il focolare*, V).*

«Me fui a la India a vivir una filosofía famosa. Decidí ir allí pensando que encontraría la felicidad. Y nada. Fue una constante decepción. Constante. Pensaba que sabrían explicarme mejor quién soy, por qué tengo siempre como un nudo dentro, siempre. Y nada. Y lo que era curioso es que cada día intentaba olvidarme de lo que me había pasado, pero las primeras personas en las que pensaba cuando me levantaba era la gente de CL que había conocido (tú, Anita, Gio, Javi, Marti, Emi, el cura Carrón). Me obligaba a borrar esos pensamientos, pero siempre era lo primero que me venía a la cabeza, en cuanto abría un ojo. Entonces decidí irme a Londres. Pero me sucedió lo mismo. Todo el rato este nudo dentro, que no se saciaba de ninguna forma. Estuve con varios chicos... Y nada. Cuando estaba con otros chicos solo pensaba en Gio», un chico que había conocido en Italia, con el que había estado saliendo, «en cómo él me había querido, cómo me había tratado, cómo yo me sentía la persona con más valor del mundo estando con él, cómo él ha mirado cada cosa de mí de una forma completamente diferente. Entonces una vez que Gio vino a Londres le dije que quería volver con él» –también había huido de él–, «pero él me dijo que no porque iba a consagrar su vida a Dios. Justo el último tiempo en el que él estaba viviendo esta relación tan exclusiva con Jesucristo había coincidido con el tiempo en el que yo flipaba más con cómo me trataba y me quería. Lo que él está viviendo tiene que ser muy real para cambiarle así, por mucho que yo no lo entienda. Después de este periodo londinense, mi madre me pidió expresamente que nunca más volviese a contactar con ella, porque no podía afrontar el dolor de no tener ya a mi padre» –que había muerto algunos años antes– y, al mismo tiempo, estar cerca de «alguien que le recordara tanto a mi padre como yo. A veces el dolor me ciega tanto que no puedo decir que haya alguien en algún sitio que me acoja. [...] Hay algo que no puedo negar y que me sigue pareciendo increíble. Si yo, de alguna, forma pienso de quién puedo decir que me siento querida, es de vosotros. Me acuerdo a menudo de cómo, al principio de toda mi historia, cuando leía las cosas que Jesús decía y hacía, no las sentía lejanas. Yo escuchaba y veía a personas que eran como Él, que hablaban como Él, que trataban a las personas del mundo como Él lo hacía. Me doy cuenta »

» de que es lo único que tenéis en la vida diferente a las demás personas. Y empiezo a darme cuenta ahora de que no hay nada diferente en vosotros con respecto al resto del mundo salvo el encuentro con Jesucristo. Y cuanto más me pregunto por qué hacéis las cosas, más unido está todo lo que hacéis a la relación con Él. Tú [Nacho], ¿por qué habrías elegido no casarte nunca, no tener hijos? De cualquier otra persona podría pensar que está majara, pero tú no eres tonto... Es en estos ejemplos donde Jesucristo se me acerca otra vez, donde veo que Él no puede ser una invención, una mentira, por mucho que mil veces dude de ello. Estos ejemplos son los que a mí me hacen no perder la esperanza. Y cada día me levanto queriendo ver que Él no me deja sola. No puedo decir que estoy sola. No puedo. Es algo que me sorprende decirte, la verdad. Jesucristo debía de ser como vosotros, una persona que ayudaba a los demás a entenderse, a mirar el fondo de su corazón, a conocer el verdadero interior de cada uno. Jesucristo ayudaba a cada uno a entender quién era. Uno estaba perdido y cuando se cruzaba con Él, se encontraba. Exactamente como me sucedió a mí cuando os conocí a vosotros: me entiendo, me conozco más, antes estaba como muerta. No puedo negar que he sido tratada y mirada como Jesucristo trataba y miraba a la gente... Al pequeñito Zaqueo... Un tío que no valía nada, justo como yo. El hecho es que lo único, lo único que todas estas personas tienen en común es que todas, ¡todas! tienen una relación personal y cotidiana con Jesucristo, todos dais la vida día a día en la relación con Jesucristo. Y me he dado cuenta de otra cosa. Hay un pequeño punto que depende de mí, parece nada, pero en cambio lo es todo: reconocer todo esto que te he dicho antes. Mi persona se juega en la decisión de confiar que todo esto es por Jesucristo o pensar simplemente que es una casualidad que estéis todas las personas con estas características en el mismo sitio. A veces veo cómo lo trastoco todo, siento que traiciono todo lo que ya he vivido... Es como si olvidarme de los pasos que he dado me hiciese más infeliz, me hiciese hasta más tonta. Pero no puedo olvidarme de lo que ya he vivido, de lo que ya está dentro de mí. Y espero que vuelva a sucederme. Lo busco, miro a la gente esperando que vuelva a aparecer esa mirada, esos ojos que no cambiaría por nada en el mundo, esos ojos que me hacen ser consciente de que yo existo por algún motivo y que me quieren aunque no sepa nada. Espero verlo en cada persona que me cruzo, y a veces sin darme cuenta, miro el rostro de cada persona, incluso de los desconocidos, buscando algo Suyo, algo propio de Él, que me haga volver a ver que está, y está para mí. Porque muchas veces la vida, mi vida, es más inquieta, incluso dolorosa, desde que me he cruzado con Él, pero también es algo más: está viva. Es como si Él fuese la fuente de mi vida: yo estaba muerta y ahora vivo».

(Carta citada en J. Carrón, *Mirad que realizo algo nuevo, ¿no os dais cuenta?*, supl. de *Huellas*, n. 6/2018, pp. 53-55)